

CRONICA INTERNACIONAL

EL comienzo de 1953 fué para muchos el de una era nueva en las relaciones internacionales. Su razonamiento, bastante simplista, era el siguiente: el mundo empequeñecido e interdependiente en que vivimos es el campo donde disputan su pugna por la hegemonía mundial dos colosos: los Estados Unidos y la U. R. S. S. En los dos han ocurrido cambios. De los acaecidos en los Estados Unidos estamos bien informados por las ceremonias de transmisión de los poderes presidenciales del demócrata Truman al republicano Eisenhower, por la elección de un nuevo Congreso —de equilibrio sensible entre los dos partidos— y por la constitución de un nuevo Congreso de Secretarios, así como por los cambios en los cuadros políticos, diplomáticos, militares y económicos. Además, todos esos cambios correspondieron a un nuevo programa en el que destacaba una mayor actividad o iniciativa ante la guerra de Corea (y sus similares de Indochina y Malasia); una mayor claridad de posturas respecto de los problemas del Oriente y la concesión de la «estatalidad» a Hawai y Alasca. En el caso soviético, la información sobre los cambios fué más incompleta y más deformada por la propaganda. Se ha conocido el nuevo Plan Quinquenal, así como los discursos cambiados con motivo de la visita de personajes chinos y mongoles a Moscú. Pero no se han conocido bien las supuestas intrigas y luchas en torno a la sucesión de Stalin, de las que en Occidente circuló la versión de que se encaminaban al entronizamiento como «del-fin» de Malenkoff sobre Beria, provocando, de paso y entre nuevas «purgas», una oleada antisemita —con ruptura de relaciones con Israel— y un reajuste de la situación en el Asia Central y el Lejano Oriente soviéticos. En todo caso, de ser ciertos estos cambios, en una cosa coincidían los dos colosos: en la liquidación del «colonianismo eu-

ropeo», incluso por parte americana, en los lugares en que militarmente se proponía defender a los grupos autóctonos colaboradores con el Occidente contra el bolchevismo. Así en Viet-Nam, cuyo ejército se propone duplicar sus efectivos en 1953.

Pero el axioma *natura non facit saltus* tiene que intervenir forzosamente en un mundo donde todos temen que cualquier paso impremeditado desencadene una guerra que para todos sería mala. Por otra parte, existen intereses creados en favor de un *statu quo* muy cómodo para ciertos países que si ya no son los que más poder poseen parece que siguen poseyendo la habilidad suficiente para imponer su criterio al Tío Sam, domesticando a la nueva administración republicana pese a ser sólo deudores, pensionistas y protegidos de aquél. Las visitas de los políticos franceses, británicos y germanos a Wáshington están en esa dirección.

En cuanto a la U. R. S. S., dentro de su esfera, sigue siendo dueña absoluta sin «titismos» chinos, pero fuera de ella no parece que pueda conseguir más de lo que venía obteniendo en 1952. Así, pues, algunos cambios se irán produciendo, pero no con excesiva brusquedad ni demasiado revolucionariamente. Más bien las iniciativas de los pequeños desbordarán a los propósitos moderadores de los grandes en algunos escenarios.

Los Estados Unidos, por ejemplo, han dado un platónico paso con la denuncia de los acuerdos secretos —e inconstitucionales— que esclavizaron a tantos pueblos por obra y gracia de tres personalidades que decían librar una gran contienda en nombre y en favor de la democratización del mundo. De esos acuerdos, los consumados poco cambiarán con la denuncia. España padeció uno en Tánger que se ha modificado el pasado año, impidiendo con su resuelta actitud que se consumaran otros. Prescindiendo de las maniobras coincidentes (respondieran o no a un acuerdo expreso) para «democratizarla» por vía de invasión, destrucción y «liberación», en Yalta el demócrata Stalin prometió al demócrata Churchill el agrandamiento de Gibraltar a costa del vecino «territorio ocupado por Franco», es decir, el suelo español. Gibraltar ha alcanzado una lamentable publicidad con la huelga de obreros españoles que puso de relieve la falta de aplicación a los mismos de algunas leyes laborales de las que tanto se ufanaron los laboristas. En realidad, la «discriminación» en el Imperio británi-

co no es sólo antinegra, va contra los blancos en Gibraltar, Malta y Chipre (esta última agitada de nuevo por su independencia), Malvinas y otros lugares.

De todos modos, la denuncia de los acuerdos esclavizadores dió un estado más internacional a la precariedad de la ocupación por los soviets del puerto chino de Port-Arthur (en realidad de toda Manchuria) y de las islas japonesas de Harabuto (Sajalin meridional) y el archipiélago de las Kuriles. Por cierto que los soviets han acelerado la construcción del dique entre Sajalin y Siberia, que si templara el mar del Japón puede refrigerar el clima del litoral oriental de este archipiélago, alejando el Kurosixo tan beneficioso para su población.

Ruidosa, pero al final contenida, fué la política anunciada respecto de Corea y la China comunista. Pensando en Hong-Kong y en su bolsillo —mucho más tangible que la «solidaridad occidental»— los británicos impusieron un *tempo moderato* a los planes de bloqueo de Mao y de ayuda a Chiang, cuya «desneutralización» en Formosa fué más un gesto que un acto operativo. Por su parte, los franceses siguieron pidiendo que el Tío Sam les conserve su Imperio en el Lejano Oriente (coincidiendo con la agravación de la lucha en el antiguo Annam) y en el más próximo que se baña en el Atlántico. Algo ha debido llegar a los interesados de las «seguridades» dadas por Wáshington a París, cuando el Sultán de Marruecos tomó la iniciativa de dirigirse al Presidente de Francia para que se reanudaran las conversaciones en torno a las reformas del Protectorado. Respecto de las que el Residente, general Guillaume, dijo en un discurso que tenderían a que Marruecos ocupara su puesto en el mundo como Estado moderno y democrático, pero sin abandono de la misión de Francia. En Túnez, por el contrario, el Bey siguió en su elocuente mutismo y el terrorismo, de vez en cuando, está presente.

La Mancomunidad y el Imperio británicos han seguido su continuada evolución; Pakistán, por ejemplo, ha aprobado los «Principios básicos» de su futura Constitución que la aproximan más al modelo indio que al ceylandés, pues tendrá un Gobernador general o Jefe de Estado elegido para cada cinco años por una Asamblea General. Esta será bicameral para recoger en la segunda Cámara el federalismo que por otra parte estará condicionado por la singular parti-

ción del país en dos pedazos separados por más de dos mil kilómetros de suelo hindú. Las Maldivas se transformaron en un Sultano protegido. Otro paso hacia la constitución del dominio (o casi dominio) del Africa Central se dió en la Conferencia de Londres en donde se puso claro el cambio de posición de la metrópoli que antes apoyaba los recelos de la población negra contra los ímpetus de los colonos sudrodesianos y que ahora apoya, ante todo, la constitución de la nueva entidad con prisa que debe tener sus razones. Para buscar éstas recordemos la decisión del primer ministro sudafricano Malan de celebrar elecciones generales en las que se ratifique o rectifique de una manera clara su discutida política de «apartheid» y de paso la orientación de reforma constitucional, haciendo de la Unión una República con preponderancia «afrikaner», aunque sin salirse de la Mancomunidad. Una orientación semejante, pero de signo contrario —indigenista—, es la preconizada por elementos gubernamentales de Costa de Oro y de Nigeria. Con la misión de informarse de cómo funcionan los otros Dominios, esta última ha enviado a Ake, Akinloye y Awlowo. Por su parte el ministro de Trabajo nigeriano ha visitado la Guinea española.

Desigual ha sido el panorama del Oriente Medio. Un nuevo Gobierno en Iraq bajo el control de Nuri Said. Explosión popular en Israel contra los amigos de ayer soviéticos e incidentes de frontera con Jordania. Visita de ministros líbicos a Egipto donde Naguib continúa desarrollando sus reformas, provisto de poderes ilimitados durante tres años. Una mejoría en este panorama supone el acuerdo angloegipcio sobre el Sudán. Desde que Naguib renunció inteligentemente a todo «anchluss» anexionista en favor de la libertad de autodeterminación de los sudaneses, Albión tenía que aceptar esta tesis. El acuerdo prevé una liquidación trienal del condominio que dará paso al destino que los sudaneses escojan plebiscitariamente (independencia absoluta, vinculación con la Mancomunidad o con Egipto), aunque los egipcios parecen no admitir el segundo supuesto contra la tesis inglesa. Al gobernador durante ese período le auxiliarán tres Consejos: uno «técnico», gubernativo; otro electoral y otro de transferencia de puestos a los sudaneses. La Asamblea podrá ser constituyente. Las tentativas inglesas de dividir el país creando un sur colonial han fracasado de momento; sin embargo, a la larga, habrá nuevos acuerdos entre los interesados sobre la interpretación y apli-

cación del acuerdo y maniobras unilaterales, para las que tienen ventajas los ingleses. Más lentas van las negociaciones relativas a Suez.

El Irán, por el contrario, ha registrado inquietantes sucesos, presentados por las agencias anglosajonas de información como la pugna entre El Kashani, coincidente con el Ejército y la Corona, y Mossadeq, apoyado -- ¡quién lo diría! -- por el Tudeh. Inquietantes siguieron siendo los contactos entre las partes en litigio sobre Cachemira, las relaciones entre el Gobierno indonesio y el grupo de Darul-Islam y las tentativas birmanas contra los grupos nacionalistas chinos de su frontera.

Muy desagradable, dentro de sus modestas proporciones, han sido los incidentes suscitados por la destrucción por los ingleses de las instalaciones científicas y albergues de los argentinos y chilenos en la isla Decepción. Los países sudamericanos van aprendiendo que el panamericanismo sirve para convocarlos como «carne de cañón» o proveedores de los intereses norteamericanos; pero no para defender sus intereses frente al colonismo europeo cuando ese colonismo es anglosajón, y como tal protegido por los Estados Unidos. De ahí el intento de Perón e Ibáñez de crear un bloque que se sepa hacer respetar en cualquier lugar.

Nos es grato consignar, una vez más en esta crónica, la calma reinante en el Africa Española, cuyo ritmo de evolución interna sigue desarrollándose. En este período son de destacar el acuerdo interzonal de comercio concluido en Tetuán y la inauguración de las obras internacionales de riego del Muluya a las que asistieron el Residente francés y el Alto Comisario español. Destacable es la reorganización judicial del A. O. E. donde coexistirá un sistema de Tribunales modernos (civiles, penales y laborales) a base de tres Juzgados locales y uno territorial con apelación a Las Palmas y casación en Madrid, con los Tribunales autóctonos (cheránicos y consuetudinarios) con homologación oficial de sus fallos.

También no es grato reseñar el viaje del ministro español de Asuntos Exteriores a Filipinas, Formosa, Tailandia y Pakistán. Son esos cuatro países bien diferentes. El primero, un país malayo de cultura occidental, cristiano y con fuerte *substratum* hispano asentado en cuatro siglos de convivencia que no debe acabarse. El segundo, el reducto de la China libre, que aspira a reconquistar el continente bolchevizado y que ha establecido nuevas relaciones amis-

tosas con España, lejana amiga de siempre del pueblo chino tan maltratado por otros occidentales. Tailandia, un país que supo escapar a la «rebatña» colonial del siglo XIX y que progresa en orden. Pakistán, una gran cabeza de ese mundo islámico tan fraternalmente vinculado a España. Los cuatro países coinciden con España en sus anhelos constructivos de un mundo mejor, y así el viaje ministerial no ha sido protocolario, sino algo sincero y positivo.

J. M. C. T.